

El Imperio Caído

Luciana Pavone



Capítulo 1

Prólogo

Otra realidad posible

Delicado, dulce sueño de cristal,
dorado castillo a la orilla del mar,
siente cómo acaricia la espuma
el pelo que bajo ella se enrula.

Delicado, dulce sueño de almidón
no pierdas por nada ese dulzor,
siente en tu piel brillando el sol
como te acaricia su resplandor.

Rompe ola salvaje contra la playa,
rompe sin miedo la arena sin malla.
Rompe ola salvaje contra la orilla,
rompe mi palacio que brilla.

Delicado, dulce sueño de dolor
te fuiste, tan sólo, sin decir adiós.

Siente como sientes que te traicionó,
como, mentiroso, se desvaneció.

Hay, supongo, tres tipos de mentiras: las blancas, las pequeñas que te sacan de un apuro; las mixtas, esas que tienen también un poco de verdad; y otras, tan terribles que no tienen nombre, que nos mienten a todos, incluidos nosotros mismos. Pero la mentira más grande es cuando se dice que estas tienen patas cortas. Hay algunos engaños que permanecen eternamente ocultos y otros que son descubiertos cuando ya no importan, la cuestión es que algunas mentiras tienen las patas muy largas.

Nosotras lo sabíamos, todo eso y estábamos acostumbradas. Ambas. Habíamos construido nuestras vidas alrededor y sobre mentiras, ilusiones. Mientras se sueña todo se siente real, el problema viene al despertar cuando uno empieza a distinguir la realidad de los sueños. Algo similar nos pasó a nosotras, vivíamos en una ilusión que estaba destinada a desvanecerse y, cuando finalmente lo hizo, todo comenzó a desmoronarse.

Sin embargo, como dije antes, algunas mentiras tienen patas largas y, en este caso no fue algo malo. Nos dio el tiempo necesario para adaptarnos al cambio...

¿Si hubiera deseado que las cosas fueran diferentes? Quizás, pero lo que tuvo que ser fue como no podría haber sido de otra manera.

¿Si me arrepiento de algo? De todo y de nada porque podría haber hecho algunas cosas de mucha mejor manera, no obstante, si tuviera oportunidad de cambiarlo no lo haría.

Los sueños son hermosos pero poco tangibles, muy efímeros, tarde o temprano se esfuman. No hay que vivir en ellos y luego creer que la vida es un sueño, es de las peores mentiras que hay.

Mi nombre es Ana Castillo y, ante todo, esta es mi verdad. Puede que muchos no estén de acuerdo con ella o que sientan que tienen mucho que agregar pero eso es lo curioso de las verdades, cada uno tiene la suya.

Capítulo 2

Parte 1:

Sueño de cristal

Todo empezó con un grupo de gente, como siempre, ella fue quién se acercó. Ella era el pegamento entre todas, esa a la que todas conocieron primero y con la que más tenían en común. Anita tenía la cualidad tan particular de agradar y atraer a todos, el sol de nuestro sistema solar. De algún modo logró que todas orbitáramos a su alrededor. De su mano Débora, impetuosa y demandante, imponía su voluntad a sus anchas. Y cuando digo imponía... digo imponía.

Francamente no sé si Anita sabía lo que hacía cuando me unió al grupo, Debi y yo juntas éramos una bomba de tiempo. Era como meter una menta en la botella de coca, agitar y quedarte mirando. Bueno, ninguna sabía lo que hacía realmente, ¿qué persona de quince años lo sabe?

Debo admitir que en un principio yo era bastante reacia a unirme a ellas, me había hecho amiga de dos chicos del curso, Amanda y Sebastián y estaba feliz con quedarme ahí. No había ido al colegio a hacer amigos, me había dicho en mi primer día y, por lo tanto, me había sentado al lado de la persona más tímida que encontré: Amanda. Amy era callada y tranquila, justo lo que quería, y aunque era amiga de Seba que era todo lo contrario, funcionaba bastante bien y yo no estaba buscando a nadie más. Menos con las cosas que hacía Débora con las chicas del curso.

Pero hierba mala nunca muere y así fue que un día Anita nos acorraló a Amy y a mí en el baño. Sus ojos maquillados cual mapache rabioso abiertos al punto de salirse de su cara, *yo soy Anita y me gusta Joaco, ¿y a ustedes?* En ese momento tuve dos pensamientos, uno fue que esa piba estaba mal de la cabeza y el otro que seguro Debi la había mandado a buscar información. Quizás suene un poco descabellado pero un su momento tenía sentido, Débora mandoneaba a todo el mundo y teníamos la sospecha de que le gustaba Seba. Dos más dos...

Pero claramente no era el caso, el centro siempre fue Anita y ella me había elegido para formar parte del grupo. Fue casi por la fuerza que me terminaron uniendo, yo era un trozo de galletita atascado en la bombilla y ellas tenían pulmones fuertes. Y aunque yo dijera que no quería amigos la verdad era que me agradaba la idea.

Sin embargo mis problemas con Débora no terminaron ahí, odiaba que le pegara a todos para obtener lo que quería. Y estando cada vez más cerca

la cosa iba de mal en peor porque había pasado de espectadora a cómplice, cosa que no estaba dispuesta a ser. Como ya dije, era una bomba de tiempo.

Capítulo 3

Quizás si el grupo hubiera quedado entre nosotras todo habría resultado pero Anita no había terminado. Martina, una chica tímida que venía de otro grupo apareció en nuestras vidas casi por obra del destino. Se encontraron con Anita camino al colegio, se habían enterado de que vivían cerca y, de tanto hablar, se habían vuelto amigas. Qué cosa rara la vida, dispuesta a hundirnos hasta lo más profundo. Quizás era su manera de enseñarnos cosas importantes, pero es difícil verlo así cuando las heridas sangran.

Las cuatro nos hicimos muy amigas, a presión pero amigas en fin. Digo a presión porque era un constante tira y afloja entre nosotras, Debi todavía me sacaba de mis casillas. La violencia sólo genera más violencia, nunca mejor dicho. ¿Vieron el estereotipo de bravucona que amenaza a la gente para mantenerla callada? ¿Y les pega? Así, realmente así.

Y rodeada de toda esa violencia reaccioné como me salió, le pagué con la misma moneda. Mirándolo desde la distancia es una de las cosas de las que me arrepiento pero había muchas otras circunstancias que nos impedían relacionarnos de otra manera. Hay muchas cosas que no se ven a simple vista.

La primera vez que me pegó se lo devolví y la tensión entre nosotras aumentó. Me aseguré de que supiera que no podía pasarme por encima porque así era yo, terca y constante como una mula. Tenerme a mí de amiga debió ser como masticar una raíz, era dura, difícil de tragar y de gusto feo pero a la larga sabías que iba a mantener el hambre (o la soledad) a raya. Visto de esa manera yo no era muy buena amiga que digamos, no lo niego pero no todo era tan malo.

Cualquiera pensaría que un comienzo accidentado como ese nos debería haber dado la pauta de que no iba a funcionar. No, evidentemente no, todas sabíamos lo que era estar solas y en algún punto decidimos que era mejor ser un grupo un poco disfuncional, que no ser un grupo para nada. No comprendíamos el dicho "mejor sola que mal acompañada" aunque a veces a mí me gustaba alejarme y quedarme aparte, el resto nunca lo entendió.

Debi era nuestro Talón de Aquiles y, debo confesar que nos cansamos de ella, así que empezamos a juntarnos por nuestra cuenta. Martina, Anita y yo compartimos muchos buenos momentos ese año, nos volvimos las mejores amigas y hay muchas cosas de las que no estoy orgullosa. Los ataques de paranoia de Debi (a veces bien fundados) nos daban menos ganas de acercarnos y le hicimos algunas cosas bastante feas. Débora nunca fue una santa pero hasta el día de hoy me pregunto si realmente merecía todo eso, nosotras no podíamos cambiar cómo nos sentíamos.

Uno no elige a los amigos. Sin embargo, podríamos habernos esforzado por ser amables.

Igual no habíamos cortado vínculo con ella, solo teníamos diferentes niveles de relación, Anita siendo la más cercana, Marti siendo la más lejana. Como para todo, yo era el punto medio, no el centro sino el medio. Hago la distinción porque yo nunca fui la que unía, no era el sol ni el pegamento, nunca me salió serlo hasta muchos años después.

Entonces cuando nos peleábamos con Debi, cuando había que hablar algo delicado, cuando había que poner la cara, Anita y Marti se ponían a mi lado y un paso detrás para que yo me encargara. La mediadora, la que recibía los golpes también y a la que el resto tildaba de hija de puta, la insensible, la mala, la piedra, la intimidante. Son calificativos que me dejaron escritos en la piel. Era ideal porque a mí no me importaba lo que pensarán de mí y a ellas sí. Bueno, no me importaba hasta cierto punto, por supuesto y no entendía las consecuencias que podía tener para mí.

No hasta que las sentí en carne propia.

Capítulo 4

Al año siguiente finalmente nos volvimos un grupo de cuatro. Fue un momento muy emotivo de nuestras vidas, pedimos perdón por nuestros pecados pasados y todos fuimos felices. Me arriesgaría a decir que fue uno de nuestros mejores años en materia de grupo. Cantábamos por las calles, reíamos de tonterías, salíamos a bares... explorábamos la vida en su plenitud. Como cualquier grupo, para consagrarnos como tal, necesitábamos una sede, un lugar preestablecido para reunirnos en cualquier ocasión. Así fue como conocimos "La Posada del Chancho de Agua", un bar ubicado en el centro de la ciudad, tan peculiar como nosotras mismas. Ahí radicaba su encanto.

Ese lugar se convirtió en nuestro refugio, su nombre, nuestro santo y seña. Y algo fundamental en nuestra historia, o más bien, mi historia: la comida. Esa misma mañana mi mamá se había despertado diciendo que estábamos todos gordos y que teníamos que adelgazar.

- Yo no estaba tan gorda cuando tenía tu edad – me dijo a medio trago de café.

De repente la tostada que tenía enfrente se volvió excesiva y, a la vez, necesaria. Yo no conocía la vida sin un chocolate en la boca, los momentos de desahogo eran aquellos en los que podía comer sin límites, tragar tanta comida que ya no distinguía los sabores. La felicidad para mí siempre fue comer y La Posada representaba esa posibilidad.

Sobre todo cuando en el supermercado había tratado de comprar mis cereales favoritos y mi papá, que a veces no era más que los eternos ecos de mi madre, acotó oportunamente que "no me convenía comprar esos porque engordaban mucho". Y yo no tenía que seguir engordando.

- Tenés que comer menos y hacer deporte – me decían.

Era el "seguí participando" de las tapitas de Coca-Cola. Casualmente nunca me gustó el deporte y siempre me gustó comer, creo que era algo que iba más allá de la usual rebeldía adolescente. Sí me gustaba bailar, me gustaba cualquier cosa relacionada con el arte, de ahí que en mi casa (hogar de científicos e ingenieros) se oyeran frases como "las locuras de Ana". Yo nunca fui mucho más que una loca que se atragantaba de comida, aunque quizás esa haya sido mi narrativa por ese entonces, perspectiva un tanto dramatizada.

Así que en La Posada yo comía. Esa tarde había elegido un muffin de chocolate particularmente tentador mientras escuchaba a Martina hablar

sobre el chico que le gustaba y su novia.

- No hay forma de competir contra Clara – decía mientras tomaba sorbos de su frappé oreo – Juan ni siquiera sabe que existo.

Ninguna de las cuatro existía fuera de las paredes de La Posada, nadie sabía nuestros nombres. Algún profesor, quizás, se molestaba en aprendérselos pero nunca distinguían entre Anita y yo. Era parecido a no existir pero era mejor no existir juntas que separadas.

- Olvidate de Juan, es un tarado – replicó Deb, molesta por los constantes quejidos de Martina.

Podíamos pasar horas y horas simplemente hablando de nimiedades, el bar no solía estar muy lleno y eso nos daba pie para sentirnos las dueñas del mundo. Impunes e impetuosas nos llenábamos los pulmones de la peor clase de humo.

- ¿Vieron el corte de Florencia? – preguntó Anita con maldad – Le queda horrible, no sé cómo se dejó hacer eso en la cabeza.

Todas asentíamos, por supuesto, siempre asentíamos a lo que decía Anita pero en verdad a mí me importaba poco y nada el corte de Florencia. A esa altura estaba pensando en el tostado que había visto pasar y que tenía una pinta divina y en cuánta plata me quedaba en el monedero (sí, monedero, billetera no).

- Yo no puedo creer lo que nos dejó la de literatura – comenté por lo bajo ganándome tres revoleadas de ojos.

A ninguna le gustaba que hablara del colegio y solían silenciarme cuando sacaba el tema, entonces me callaba y pedía el tostado. Sí, un tostado nunca mató a nadie.

- No sé cómo podés comer tanto, yo ya estoy súper llena – dijo Martina como al pasar.

Nadie podía abstenerse de comentarme mis hábitos alimenticios, aparentemente. Ese fue mi momento de unión con Débora. Bueno, ese exactamente no pero sí el que le siguió cuando fuimos al baño juntas.

Nunca me había animado a vomitar. Lo había pensado una gran cantidad de veces pero nunca me había animado y Deb me enseñó a animarme. No me voy a centrar mucho en esa parte de la historia, no me gusta pero es necesaria para terminar de entender. Además algo muy importante pasó ese día, y está tan relacionado a este hecho en particular que no podía

dejar de mencionarlo.

- ¡La puta que me parió! – exclamó Débora mientras salíamos del baño.

Se le había caído el celular, se le había resbalado por tener las manos mojadas y se había estrellado la pantalla de lleno en el piso haciéndose una telaraña gigante. Cabe aclarar que Deb tenía un vozarrón de esos que no pasan desapercibidos y sus exclamaciones se podían escuchar a cuerdas de distancia. Sin embargo, no hacía falta llegar tan lejos. Uno de los camareros estaba pasando cerca y, al escucharla, se volvió a vernos con preocupación. Ya lo conocíamos, era el mismo que siempre nos atendía pero su atención en ese momento fue diferente.

A partir de entonces nos hicimos amigos, la remera de Batman que llevaba Débora ayudó. También ayudó que nosotras solíamos decir toda clase de guasadas, nuestra primera verdadera interacción vino de la mano de una de esas. Discutíamos las controversias del arroz con leche, Martina y yo estábamos en contra y Anita y Deb a favor (era común que tomáramos esa clase de posturas con temas que rozaban lo ridículo y a veces lo atravesaban de lleno, como si se decía ensalada de "tomate y lechuga" o de "lechuga y tomate").

- ¿Te gusta el arroz? – preguntaba Anita mientras Rodrigo (así se llamaba el camarero) nos servía las galletitas con chocolate – Bueno, ¿te gusta la leche? ¡Mezclalos!

Entonces él, que ya no se podía aguantar las ganas, la miró a Anita de arriba abajo (el cabello rubio, el pecho que llenaba hasta el espacio que no había en la remera, la sonrisa suficiente).

- ¿Te gusta la mayonesa? – replicó – Bueno, ¿te gusta la mermelada? No las mezclarías, ¿no?

Martina y yo nos miramos triunfantes, incluso si no habíamos sido nosotras las que habíamos ganado la discusión, simplemente verla a Anita completamente roja y muda era satisfacción suficiente. Ella que normalmente tenía que tener la última palabra con todo.

Aquel fue el comienzo de una gran amistad... y lo que fácil viene, fácil se va, pero todavía no llegamos a eso. Ya éramos un grupo consagrado, teníamos un punto de unión, un lugar de reunión y un amigo en común, algo así como un mentor. Rodrigo era mucho mayor que nosotras y, sin embargo, nos sentíamos a gusto con él. Estábamos a tono, en sintonía y no nos resultaba extraño para nada, ¿cómo podría? Éramos especiales.

- Ustedes son muy maduras para su edad – era su frase de cabecera.

Y es tan fácil creerse esas cosas cuando una es chica.